EL DIA

Año VI. — N.o 249. — Montevideo
Octubre. — 17. — 1937

TODA Europa está en armas, inquietada por el reflorecimiento de conflictos que cada vez van extendiéndose a más naciones, algunas de las cuales parecen interesadas en fomentarlos, dificultando toda solución pacífica. Se construyen armas, se adiestra a la población civil, y se ejercita en continuadas maniobras a los ejércitos. Inglaterra, nación interesada en mantener el equilibrio europeo, ha votado cifras astronómicas para la defensa territorial. En estos momentos se realizan maniobras militares, en las que interviene la población civil, incluso mujeres. Muestran estas notas, llegadas por avión, una sección de tiradoras inglesas, miembros de una entidad formada por empleadas de la famosa casa Lyons; la "caballería inglesa", reemplazados todos los regimientos montados por estos otros con tanques; y un colonial canadiense, en ejercicio de ametralladoras antiaéreas.







EL HOMBRE DE LA MINA

por JOSE M. FERNANDEZ SALDAÑA

EDUARDO BERTRAN, eternizado en los fastos nacionales por su vida agitada, sus violencias de carácter, sus desplantes audaces, su valor personal y su muerte trágica, era evidentemente un hombre anormal, que antes que a un historiador parecería llamar a un médico psiquiatra del talento y la penetración suficientes para reconstruir con los fragmentarios elementos que le suministrase la historia, el cuadro cerebral de Bertrán, y luego de estudiarlo como el verdadero **caso** que configura, lo encarrilase según la clasificación de su neurosis. No faltará quien crea que el pensar así tiene algo de mortificante para el sujeto cuestionado, de irrespetuoso cuando menos, pero tal creencia me toma de vuelta.

Nuestro hombre está calificado de antigua data.

Su copioso y desconcertante anecdotario, su actuación en el mundo de sociedad y de negocios, lo mismo que sus actitudes y sus desentonos en la paz y en la guerra, todo lo que sus contemporáneos sabían de memoria traduciendo en una frase que por familiar dejaba de ser ofensiva:

"¡Bertrán enía cosas de loco!"

Tengo la certeza de que este diagnóstico popular sería ampliamente confirmado por el médico psiquiatra que lo hiciera objeto de su estudio.

Como documentos gráficos acompañan a estas líneas tres retratos de Eduardo Bertrán en distintas épocas de su vida.

Uno lo representa niño, según lo pintó Cayetano Gallino, junto a las rodillas de su madre, doña Felicia Peña. Otro de los días de la Cruzada Libertadora —entre 1863 y 64 — lo muestra apoyado en la espada, con botas de campaña y una de esas vestimentas raras con que le placía sorprender a sus compañeros de armas.

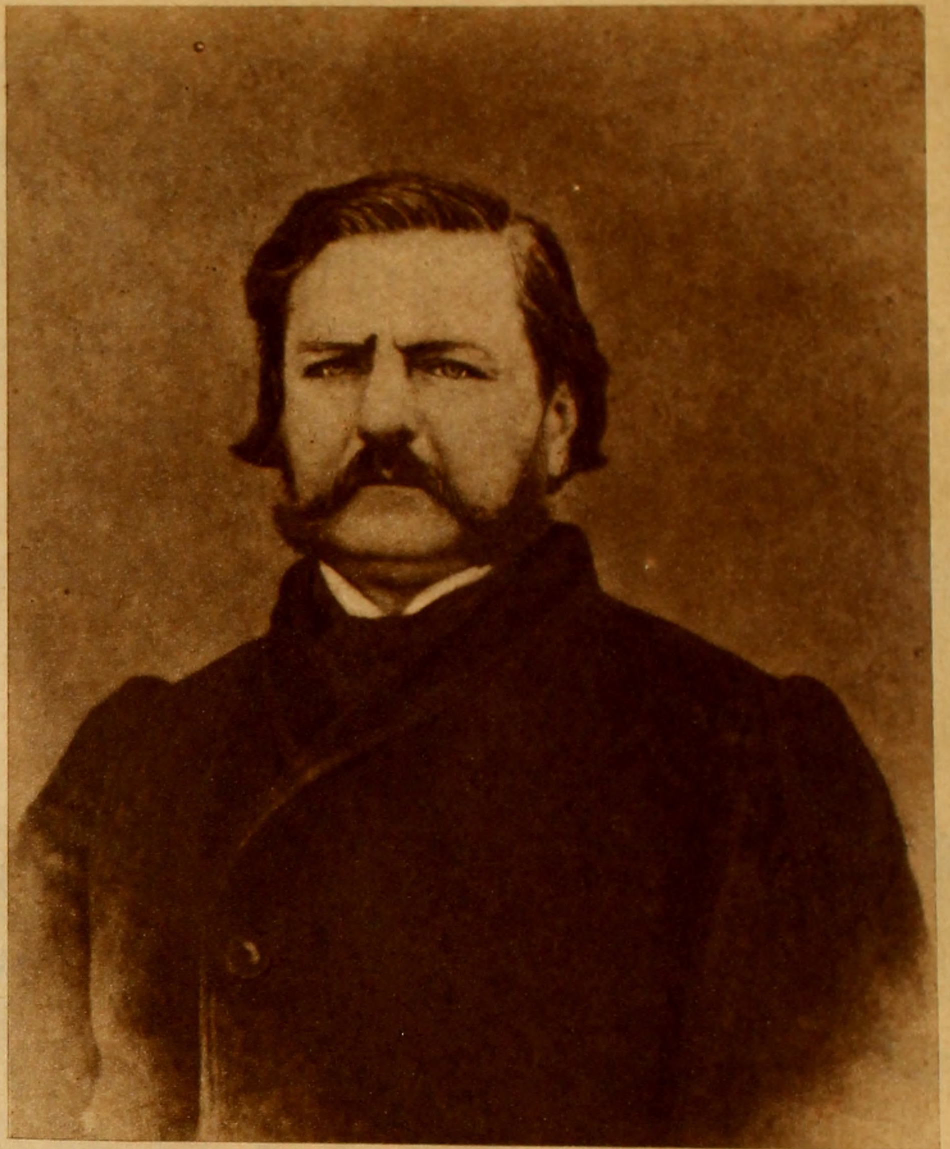
Otro, finalmente, es el hombre en sus últimos años — fotografía tal vez de 1874 o 75.

Hay en mi colección otra fotografía distinta, pero tan desvanecida de tonos que impide la reproducción. Son éstos los cuatro únicos retratos que yo conozco del conspirador de 1867. Hombre ya, presenta una fisonomía cerrada: con un particular rictus en la boca, que tiene a la vez de despectivo y de absoluto. En la fotografía de la Cruzada, hay algo de fiero, además.

El óleo de Gallino figuró en una reciente exposición de retratos organizada por la Sociedad "Amigos del Arte" y muy pocos habrán imaginado, al detenerse delante de aquella figurita de niño elegante y menudo, con aire pensativo, que ese niño convertido en hombre iba a ser el maquinador de un complot célebre en nuestra historia, cuya existencia terminaría trágicamente, ultimado a puñaladas y a tiros, por mano de los sicarios de uno de esos gobernadores-dictadores, que repugnaban a su fondo civilista de "conservador". Odio íntimo como el que alimentó toda la vida su correligionario conservador y concuñado Fernando Torres.

Era Bertrán hombre de fuerza hercúlea y de tan sorprendente presencia de ánimo, que herido de una profunda puñalada en el pulmón, y refugiado un momento en el zaguán señalado con el número 79 (viejo) de la calle Wáshington, reaccionó enseguida como una fiera y volvió a asomarse a la puerta para enfrentar, desarmado, a los asesinos que ni siquiera sabía cuántos eran.

Fué en ese instante que recibió del ayudante mayor Valentín Martínez y del soldado Inocencio Saavedra (ambos pertenecientes al batallón 5º de Cazadores, que mandaba el comandante Máximo Santos), los balazos que le acertaron uno en la cara, que se alojó en el palador y otro en el parietal derecho y que debía ocasionarle la muerte a corto plazo.



EDUARDO BERTRAN, en sus últimos años.

Herido, efectivamente el 10 de abril de 1876, falleció el 13, Jueves Santo.

Murió en su casa, sin haber recobrado el conocimiento, después de permanecer algunas horas en elHospital de Caridad, conforme se deduce del asiento que luce a fojas 324 del libro 25 de aquel establecimiento, que copié hace muchos años y transcribo:

Nº 145. Abril 10. 1876. Hora de entrada 4 y cuarto. Habitación particular número 2. Nombre.............. Edad 55 años. Residencia calle Colón...... Profesión militar retirado y comerciante. Estado: casado con Concepción Conde. Descendencia: un hijo varón. Ascendientes padres: Cristóbal Bertrán (español) y Felicia Peña (oriental).

Salió de alta: abril 11 de 1876.

Dos heridas de bala en la cabeza y una puñalada penetrante en el tórax.

Observaciones: Vino sin certificado conducido en un catre por cuatro celadores, quedando más tarde de traer la baja, pero viniendo muy herido fué recibido.

(Firmado) **J. M. Latorre y Zopico.**

El dictador Latorre quedó libre, mandándolo matar, del hombre peligroso que un día lo había amenazado por la calle con expresivo movimiento de la mano derecha.

Una amenaza al fin, descontado lo que tuviera de insolencia, poco hubiera valido en sí misma.

Pero proferida por Eduardo Bertrán, cambiaba de especie. Algo tendría en la cabeza, seguramente, quien la formulaba con tanta soltura. Bertrán era indiscreto. Algo así había acontecido en tiempo de Flores, según se afirma.

Un día, poco antes de descubrirse la mina destinada a volar el Fuerte del Gobierno con todos los que pudieran encontrarse en él, le dijo a un empleado cuya oficina estaba precisamente en el Fuerte, y que se lamentaba de no adelantar en su carrera:

—No te aflijas, yo te voy a hacer ascender pronto y más de lo que podés suponerte...!

En el sumario instruído con motivo de la conspiración llamada de La Mina, descubierta el 30 de julio de 1867, los austriacos Pablo y Luis Neumayer acusaron a Eduardo Bertrán de haber sido el director del complot.

Conforme se sabe, una mina cargada con pólvora debía estallar debajo de los departamentos del Dictador en la antigua Casa de Gobierno, conocida por el Fuerte, que ocupaba el solar que hasta hoy ocupa la plaza Zabala.

El despacho del gobernador daba frente al término de la calle Wáshington y los conspiradores habían utilizado para sus trabajos el caño maestro que rodea la plaza, después de introducirse en él por la conección del que servía a una casita pequeña no hace mucho demolida y con frente a la misma plaza del lado sur, previamente ocupada por Bertrán.

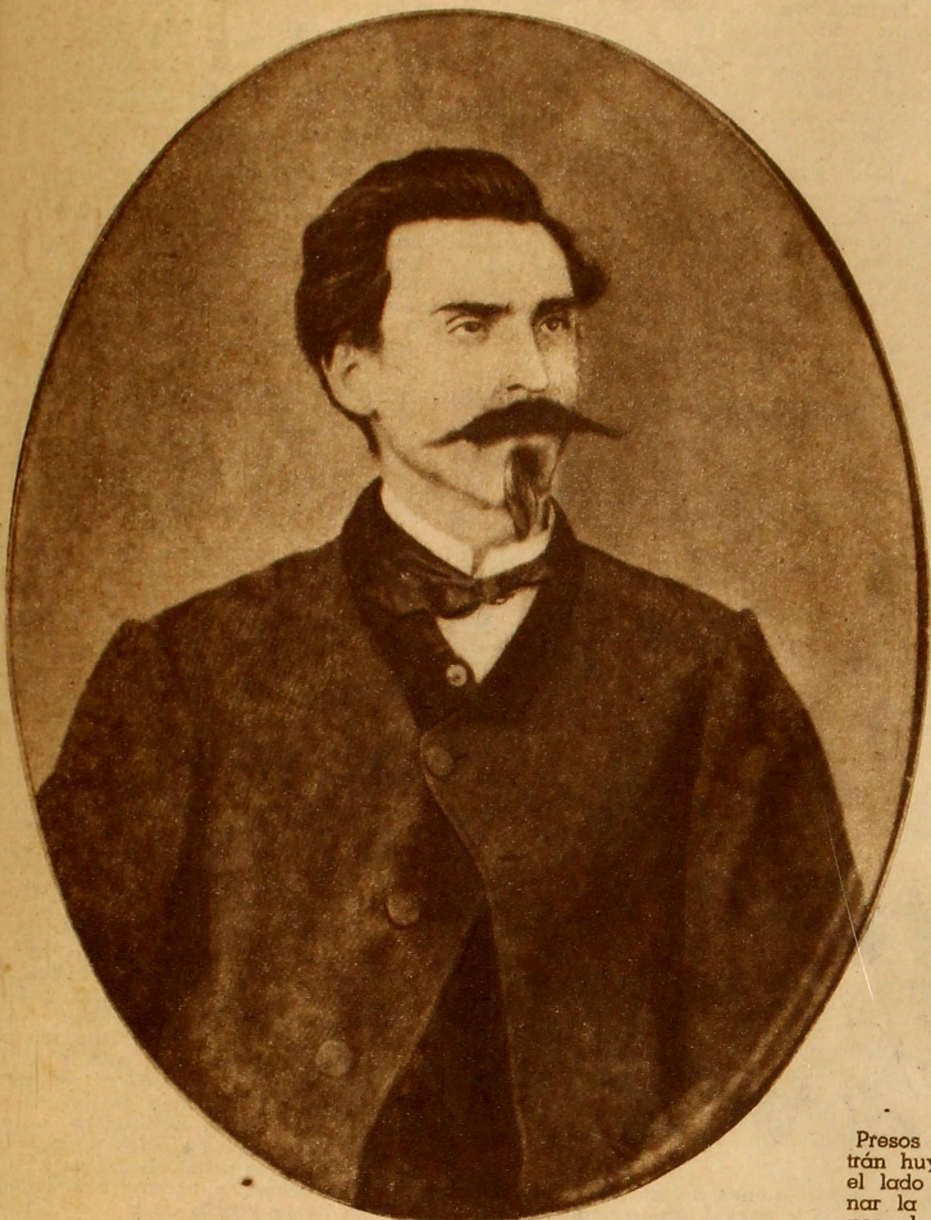
Frustrada la conspiración, Montevideo sintió una sensación de alivio pensando lo que podía haber acontecido si la cámara cargada de pólvora llega a estallar.

El cuadro imaginado por el arquitecto-agrimensor Tomás Hawers a quien se le encomendó el informe oficial sobre la construcción de la mina, era en verdad, espeluznante y sobraba para que la gente de la ca-

pital se sintiera con carne de gallina. La cámara final a la que únicamente faltaban dos metros para llegar a la pared del Fuerte, caía entre las dos ventanas del despacho de la Gobernación y medía 0.65 metro de ancho por 0.40 de alto y 2.85 de largo.

El efecto probable de la explosión —decía el perito inglés —de cuatro o cinco quintales de pólvora— habría sido volcar cuarenta o cincuenta varas del edificio a cada lado, dejando todo en escombros.

"Sería difícil, continúa, dar una idea de la magnitud y fuerza de la explosión; basta decir que las grandes lozas de la vereda y las pesadas rejas antiguas de las ventanas habrían caído en lluvia horrorosa encima de las azoteas y en las calles alrededores de la casa y a grandes distancias, y que todas las personas que se encuentren en la casa de Gobierno habrían podido ser sepultadas vivos o enterradas miserablemente para ser sofocados en el humo o quemados en el incendio que habría seguido a la explosión.



PABLO NEUMAYER, técnico de la Mina.



BERTRAN en la Cruzada Libertadora.

Presos los Neumayer, Bertrán huyó a caballo hacia el lado Este, logrando ganar la frontera del Brasil por el Chuy, mientras la policía despistada lo buscaba en dirección contraria con tanta seguridad que se marcaron pistas exactas en Buenos Aires primero y en el Rosario después.

Los austriacos fueron condenados a destierro perpétuo después de permanecer en la cárcel seis años y medio.

Bertrán, regresó al país en 1874, entregándose a la justicia "porque no podía soportar por más tiempo la calumniosa imputación que sobre él pesaba".

Obtenida su libertad bajo fianza el proceso siguió un lentísimo trámite.

El 8 de abril de 1876, el interesado pidió al Tribunal el pronto despacho de su asunto y el Tribunal proveyó en el mismo día conforme a lo que solicitaba, pero a renglón seguido de notificarse al Fiscal de Crimen, aparece esta constancia:

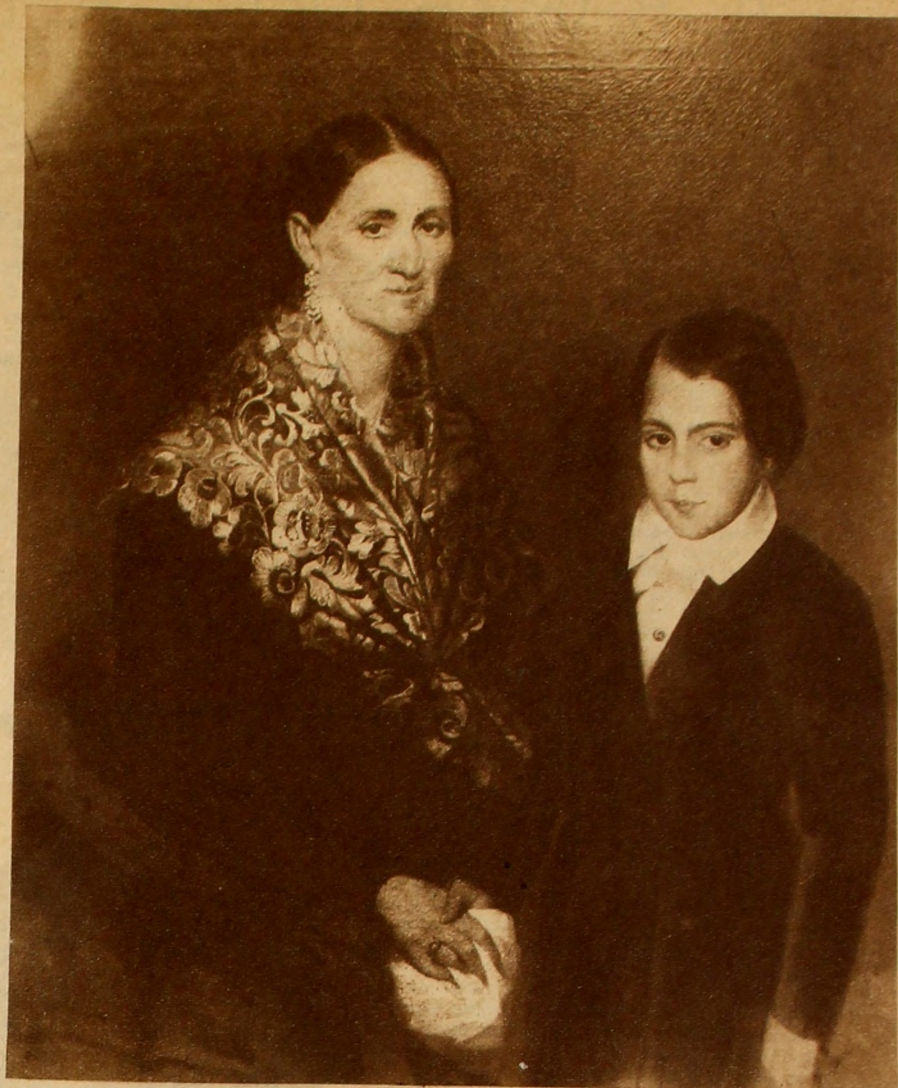
"No se ha notificado a Don Eduardo Bertrán por haber fallecido como es público y notorio. Lo que anoto para dar cuenta a V. S.

Montevideo, abril 18 de de 1876. — (Firmado). Castro".

Antes de la conclusión de mi nota quiero destacar el interés que encierra esa fotografía de Pablo Neumayer, retrato raro en absoluto, que publico gracias a la gentileza de la familia Escalá, emparentada directamente con el veterano de la Independencia, General Juan Augusto Posolo.

Entre muchas y muy interesantes cosas de nuestro pasado que se guardan por la familia Escalá, existía en un álbum de época esa imagen del "ingeniero" del peligroso túnel.

Pablo Neumayer, austriaco lo mismo que su hermano Luis, habían sido hasta el día en que se comprometieron en la aventura de Bertrán dos idóneos en materia de construcción y trabajos afines con clientela hecha entre la gente mejor de nuestra capital, a la cual sorprendió grandemente hallarlos complicados en una maquinación tan extraordinaria.



BERTRAN niño, con su señora madre doña Felicia Peña, (óleo de Gallino).

LA BARRA DEL CAFE

Por ALBERTO LASPLACES

dibujo de AGUERA

DESPUES de cuatro lustros ayer, impensadamente, volví a entrar, para guarecerme de la lluvia, en el mismo café de mi juventud, en el que pasé tantas horas tormentosas o felices durante varios años sin faltar a él casi un solo día, como cumpliendo con un rito obligatorio o con un mandato inapelable. En verdad, no me dí cuenta de la cosa hasta que empujado por el agresivo chaparrón invernal, me encontré sentado junto a la amplia ventana que da a la calle rumorosa e iluminada, frente a la misma mesa en que me sentaba en rueda de amigos, en sonora, pintoresca, irrespetuosa rueda de amigos. ¿Cómo es posible que en pleno centro de la ciudad, que crece y se transforma constantemente, haya permanecido inmóvil, intocado este café, en el mismo edificio claudicante y carcomido, con su vasta sala fría empapelada de oscuro ,con sus altos e inútiles espejos de marcos churriguerescos y sus anticuadas y descoloridas arañas de luz eléctrica? Iba a decir que me costó reconocerlo y que en un principio, lo miré curiosamente como a una cosa nueva, reconstruyéndolo después pieza por pieza como el recuerdo de algunos sueños que sólo es posible evocar en la memoria después de largos y penosos eslabonamientos mentales. Quizá me causó más trabajo aquello porque todo estaba absurdamente e increiblemente igual y por lo tanto estático e inanimado, y además disminuído por los desgastes del uso y los mordiscos del tiempo. Al principio el café se hallaba casi vacío pero pronto se fué animando ,recogiendo los náufragos de aquella lluvia inesperada, y haciéndose rumoroso y agitado como en la gran época en que lo había conocido. El humo de los cigarrillos fué extendiendo esa atmósfera tan propia de los cafés, entre la que los mozos se deslizaban sin ruido tachonándola con los blancos y fugitivos lamparazos de sus delantales. Gritos, llamados, conversaciones, idas y venidas ,crujir de sillas, risas argentinas de monedas que bailaban sobre el mármol gastado de las mesas, saludos y despedidas. El piso se fué poniendo sucio y húmedo y a lo lejos, a través de la bruma, emergiendo del mostrador semejante al casco invertido de un bueque náufrago, el coctelero alzaba los brazos angustiosamente como pidiendo auxilio.

Algo así como una vieja piel apolillada e inútil se fué desprendiendo de mí, insensiblemente. Sólo, frente al círculo claro de la mesa, en la que abría su abismo negro e inmóvil la taza de moka intacta, esperé, como siempre, la llegada de mis compañeros que tarde a tarde, noche a noche, venían a confundir con la mía sus existencias tan personales, tan distintas y tan auténticas. El primero en llegar fué Zulueta. Magro y pálido, con su espalda combada y sus piernas débiles, los ojos afiebrados y un mechón rebelde cortándole la frente, bajo el sombrero ajado y sucio, venía enfundado en su largo sobretodo verdoso, bajo el cual asomaba la tricota azul que le llegaba al cuello. Sacudiéndose como un pollo mojado me miró sonriente pero sin curiosidad ni sorpresa, y echando sobre la mesa un cuaderno mugriento se sentó y golpeando las manos llamó:

—¡Mozo!: ¡un completo!

Después, mirándome fijamente, me interrogó:

—¿Supongo que pagarás esta noche?, ?no?; yo no tengo ni medio y hoy no he comido.

Creo que hice una señal afirmativa con la cabeza, pero aunque no la hubiera hecho hubiera sido lo mismo, pues Zulueta, abriendo el cuaderno, y sin esperar mi contestación, prosiguió:

—Escucha: hoy he comenzado mi mejor cuento. Te voy a leer lo que ya está escrito y tú dirás.

En el centro de aquella sonoridad, como si se hallara en una isla desierta y rodeado del mayor silencio, Zulueta comenzó a leer, pausadamente, su cuento, mientras mojaba su pan en el café con leche, y mordiscaba sin dejar de leer un momento, con perfecta maestría. De cuando en cuando alzaba hacia mí los ojos expresivos e interrogantes sin dejar de leer ni de comer, para buscar en mi rostro el efecto que me causaba su cuento. Este era, como todos los suyos, una historia implacable, una tragedia sombría, agravada por una sátira feroz y corrosiva, con lo que Zulueta se vengaba, involuntariamente, de la injusticia de su destino, de su abandono, de su enfermedad y de su miseria.

Aquella lectura me interesaba como todo lo de Zulueta, escritor nato, lleno de recursos y observador parcial aunque exacto, de la vida. Pero, de pronto, como surgido de la niebla, fué deslizándose a través de los espejos empañados, la melena negra, el amplio sombrero, los lentes, la corbata flotante y los negros mostachos mosqueteriles de Luzbel, el poeta anarquista, huracanado y teatral en la tribuna y en el verso, pero meloso y suave en la intimidad. Seguramente había comido, porque miró con un gesto de fastidio la taza aún humeante pero casi vacía sobre la que maniobraba la mano sabia de Zulueta, y



se sentó, cuidadoso de la raya de sus pantalones, dando un ahogado ¡buenas tardes! No quiso interrumpir al que leía, pero tampoco se dispuso a escucharlo, y se dedicó a la ventana tras la cual las mujeres apresuradas se levantaban las largas polleras para que no se mojaron, enseñando pudorosamente las lindas pantorrillas encerradas en altas y abotonadas botas.

Cuando Zulueta terminó lo que tenía escrito de aquel cuento, extintos ya el café con leche y su acompañamiento, Luzbel puso en orden su corbata, tosió dos o tres veces, nos miró con su mirada protectora y después nos dijo:

—Acabo de estar con la mujer más bella, más insinuante de la ciudad. He pasado una tarde divina, de éxtasis pleno.

Y por centésima vez, ante mi distraída atención y flanqueado por la sonrisa sardónica de Zulueta, reeditó la misma historia de siempre, el mismo ensueño atormentado de poeta revolucionario loco de amor por esas lindas burguesitas que desde la calle lo miraban como a un bicho raro, con un poco de curiosidad y mucho de burla, sabiéndolo tan inofensivo como sonoro, tan tímido como amenazador.

Poco a poco la mesa circular se vió rodeada por los tertulianos de siempre; sonrientes unos, reservados los otros; éstos presumidos, descuidados aquéllos. Caserio sacaba de sus mil y un bolsillos libros explosivos y los lanzaba sobre el mármol como si fueran bombas. Lugones alternaba con Kropotkine y Stirner con Guerra Junqueiro en las preferencias generales. Algunos eran poetas de infalible fecundidad, que cada vez que se acercaban a la mesa extraían de los bolsillos, como de la bolsa de un prestidigitador un verso fresco, recién hecho, un poema o un esbozo. Como siempre, se encendieron las discusiones enconadas e interminables en las que todos estaban de acuerdo, pues de otro modo no hubiera habido discusión posible. Cada cual venía con lo suyo, con lo que consideraba propio como una parte de sí mismo, en busca de esa cordialidad, de ese eco de simpatía que no hallaba en otras partes. Tácitamente todos nos soportábamos porque fuera de allí se extendía para todos el vacío de la indiferencia o de la hostilidad. Desde fuera la gente que pasaba arrastrada por preocupaciones tan distintas a las nuestras, nos miraba curiosamente, como a una jaula del Zoológico, o nos dirigía signos de evidente reprobación, juzgándonos como gandules que estábamos perdiendo el tiempo, "y que mejor sería que nos fuéramos a trabajar, como nos decían nuestras familias y las relaciones de nuestras familias. Pero, en realidad, ¿había para cada uno de nosotros otra familia de verdad que la que se apretaba todas las tardes y todas las noches en círculo palpitante, enredor de aquella mesa de aquel café? Nos habíamos conocido un día, sin buscarnos, y allí estábamos todos cuando las ocupaciones nos permitían, pensando que aquello duraría siempre, que aquel círculo no se rompería jamás.

Todos son mis amigos, amigos circunstanciales pero compañeros de causa y de ideales, alentados todos por parecidos ensueños .Vienen de los parajes más distintos de la ciudad, a encontrarse aquí, atraídos todos por la misma sugestión contra la que no tienen defensa. El rubio Marquillo anda siempre con los botines a la miseria y camina diariamente como cinco kilómetros para llegar hasta el café, pero no falta nunca. Algunas veces le pregunto por qué no toma el tranvía, y él, levantando hacia mí sus grandes ojos de agua inexpresiva, me contesta con acento no muy convencido que no puede porque se marea. Y yo sé bien que lo que le pasa es que no tiene los cuatro o seis centésimos que le hacen falta. Se los he querido dar pero jamás me los ha aceptado. Marquillo, al revés de otros de la barra, entiende así su dignidad. Se sienta con nosotros, toma parte en las discusiones, lee algunas veces algún trozo de una novela que debe haber comenzado el día en que nació y que nunca termina, y nada más. Se contenta con eso.

En cambio Rodrigo, es audaz, exigente y orgulloso. Tiene facilidad de palabra y lo sabe muy bien. Conforme Luzbel se contempla, extasiado, en los espejos, Rodrigo se escucha con verdadera voluptuosidad. Es presumido y le agradan las joyas, aunque sean falsas. Es muy activo. Compone dramas, comedias y hasta sainetes y escenas de guignol. Ya le han estrenado, con bastante éxito, en algunos teatrillos de suburbios, y su nombre comienza a cotizarse. Tiene talento y lo administra bien, cosa que no saben hacer los demás, y por lo que algunos lo miran con malos ojos. Naturalmente que la calidad le interesa poco. Es un exitista: obra que tiene éxito, es buena; obra que fracasa, es mala. Por otra parte, es generoso y nos quiere. Cuando él cobra todos toman algo y llega a ser una noche de fiesta para todos. Precisamente acaba de llegar con algo en el bolsillo que cobró esta misma tarde por derechos de una obra que le ha sido aceptada. Lo ví desde lejos allegarse apresuradamente, agitando el sombrero entre el humo y el ruido. Y antes de saludar, gritó:

—¡Invito yo, muchachos! ¡Vamos a ver!...

Y se ha sentado, y sin esperar la contestación ha llamado ruidosamente al mozo. Es de suponer la mirada que le ha lanzado Zulueta que desde ya vé venir por el aire su segundo completo. Luzbel, que no se digna tomar nada cuando hay poco d[inero] y tendría que apuntarse con un d[e]mocrático café, acepta ahora sin ningú[n] esfuerzo:

—Mozo: tráigame un kummel...

Pero de todos los de la rueda el que má[s] quiero es Soler. Acabo de divisarlo sen[tado] cerca de la mesa, un poco retirad[o] y como sucede siempre, nadie lo ha not[a]do llegar. Parece que se filtrara por l[as] paredes, silenciosamente, o que brotara d[el] suelo, como el Mefistófeles del Fausto pe[ro] sin música ni rumor alguno. Recién l[o] veo y no me animaría a decir desde cuán[]do está ahí. Habla muy poco, limitándos[e] a escucharnos o a soñar, ensimismad[o] quién sabe en qué pensamientos. Es mu[y] pobre y debe sufrir mucho porque su ros[]tro refleja siempre un dolor oculto. Cuand[o] hay varios enredor de la mesa se empe[]ña en pasar desapercibido. Pero cuand[o] está solo conmigo me hace participar d[e] sus aspiraciones, y me lee cuentos mu[y] hermosos pero siempre muy tristes que es[]cribe de noche en el altillo en donde vive. Yo lo aliento porque lo quiero y lo admi[]ro y sé que vale mucho. Pero él es mu[y] tímido y me cuesta mucho trabajo arran[]carle cualquier cosa. He logrado que l[e] publiquen algunos cuentos que han gus[]tado mucho y le han dado cierta notorie[]dad. Pero él, enfermo de autocrítica, siem[]pre está desconforme con lo que hace y somete sus escritos a contínuas enmiendas que a veces los empeoran, a mi juicio. No sé si hoy trae alguno; posiblemente; pero como la mesa está llena no se anima a decir nada, sin tomar parte en la bulla general. Detrás de él, haciendo esfuerzos para entrar en la rueda sin levantarse de la silla ,emerge Viñas, que no es escritor ni intelectual y que, creo, trabaja en una tienda. Cuando se habla de arte y de literatura calla siempre como un muerto, como si no supiera ni le interesara nada aquello, como si no se le contagiara nada de las mil y una discusiones en que se ha visto envuelto. A veces sonríe, y cuando más, cuando lo interrogan mueve la cabeza, afirmativa o negativamente, según le parece. Nadie lo trajo ni lo presentó; nadie sabe cómo vino hasta nuestra mesa ni de donde viene; nadie lo consulta para nada. Pero él viene, no falta casi nunca, paga su café, escucha al parecer con atención, y después, desaparece. ¿Qué hace ahí, inmóvil, a veces, horas enteras, todo oídos y mudo? No sabría decirlo y nunca me ha ocurrido preguntárselo. Parece uno de esos perros de terracota que se ponen en los zaguanes para asustar a los niños.

Ya somos ocho o diez. En medio de la sonoridad del café puede, muy bien, que nuestra mesa sea la más barullenta. Hablan varios a la vez. Caserio grita como siempre, como si se estuviera peleando con alguien. Zulueta, embriagado por el segundo café con leche que le ha hecho brotar rosas en sus mejillas pálidas y terrosas, hace chistes feroces contra este y aquel otro. Luzbel, bebiéndose con cuenta gotas la copita de kummel se cuenta a sí mismo, porque nadie parece escucharlo, su reciente aventura amorosa con la deliciosa rubia de la familia de H... Rodrigo, estimulado por sus éxitos teatrales, habla con oratoria cuidada y elegante describiendo cómo se llenan las salas cuando se dan sus obras. Yo también hablo de mis obras, de mis proyectos, de mis esperanzas. Digo poco más o menos lo que dicen todos los demás. Posiblemente solo Soler me escucha porque me mira atentamente, con la mirada fija, aunque no estoy muy seguro de que esa mirada no esté vuelta hacia adentro. Me hallo muy a gusto con aquella compañía, rodeado de aquellos afectos, sintiendo hablar de tales cosas que constituyen la única razón de ser de mi vida. El ambiente es tibio y cordial, y constituímos una isla en medio del mar, hasta la que llegan apagados los ecos de las tormentas del mundo.

Poco a poco una especie de nube blanca y espesa, comienza a empañar los rasgos de las caras que me rodean. La reunión se va desvaneciendo como si se descolgara un telón de gasa, casi impalpable, entre mis amigos y yo. A medida que la luz se hace más intensa la reunión va disipándose. Todavía distingo bien, entre la bruma, algunos gestos y ademanes. Pero figuras, gestos, palabras, se eclipsan, se disuelven rápidamente, como si alguien las borrase ante mí. De repente, un rayo de sol horadando los vidrios de la ventana, húmedos todavía y por los que se deslizan algunas gotitas de agua, viene a descolgar una ancha y deslumbrante moneda de oro en la blanca circunferencia de la mesa de mármol. Ha cesado de llover y estoy solo, completamente, ante la taza vacía de café y bajo la mirada curiosa de un mozo inmóvil que me contempla desde cierta distancia. Alzo la vista y veo grandes espacios de cielo azul, recién lavado, entre girones de nubes blancas que huyen. Vuelvo a envejecer, instantáneamente, cuatro lustros. Un espejo irónico duplica mi rostro un poco estupefacto, un rostro muy distinto ya al que antes pendía del sombrero negro de anchas alas bajo las que se encabritaban mis negros cabellos indomables. La corbata mariposa ha dejado de agitarse bajo mi barba. Me levanto pesadamente, llamo al mozo con un gesto, pago el gasto, y abriendo la puerta de la calle me sumerjo de nuevo en la vida como en las olas de un mar desconocido

CINE

Para el Suplemento de
"El Día"
Good luck
Robert Taylor

POR QUERERTE TANTO

ROBERT TAYLOR, el prestigioso galán de Metro Goldwyn Mayer reaparece en una producción que exhibe con éxito Cine METRO, titulada "Por quererte tanto", secundado por Márbara Stanwyck, Víctor McLaglen y un numeroso reparto. El film ha sido dirigido por William A. Seiter y la músima pertece a Mack Gordon y Harry Revel.

TU COMPRENDERAS...

Por CHRISTIANE AIMERY

dibujo de **CRISTAR**

ANDRE MOREL no había sabido en su más tierna edad "quien era su padre". Así lo afirmaba. Dicho de otra manera, lo había, por lo pronto, conocido mal. Su madre, frívola y nunca satisfecha de diversiones, ocupaba en su vida joven un sitio mayor que el de este hombre de negocios que almorzaba en tres bocados con el diario de Bolsa desplegado sobre la mesa, y organizaba su trabajo nocturno en el mismo instante que la esposa le ofrecía la frente yéndose a acostar.

Debía considerar como una fecha aquella noche en que la señora Morel, habiendo llevado sus niños al cinema, los hizo cenar después en un restaurante nocturno para que la fiesta fuese completa, y aquella noche en que golpeó bruscamente su frente, pronta a llorar, confesando que había olvidado la llave. El cuarto de papá estaba lejos de la entrada y él jamás oía el timbre! Subiendo la escalera encaraban la posibilidad de concluir la noche tendidos sobre los escalones. Después la madre tocó suavemente la pared del lado donde su marido tenía el escritorio, por si acaso éste no se hubiera acostado. Se oyó el ruido de una silla llevada hacia atrás, después Francisco vino a abrir la puerta. Sus ojos estaban rojos y fatigados detrás de sus lentes de carey.

André vió sobre el escritorio una tasa de café medio llena y hojas cubiertas de cifras. Consideró, en este instante, que en tanto que su padre pasara la mitad de sus noches ennegreciendo cuartillos, la seguridad de los tres estaría asegurada.

A partir de esta noche, admiró a Francisco quien decía al emprender un nuevo negocio: "Es necesario!" Ello era "necesario" porque Jenny, su mujer, había alquilado una residencia en la Baule; porque ella se había comprado un nuevo abrigo de pieles; y al decidir ella dar un baile con motivo de los diez y ocho años de su hija Germana, el jefe de familia encontró una noche su escritorio transformado en vestuario. André lo había visto cerrar los puños silenciosamente como si temiese decir demasiado si desapretase los labios, después de llevar al depósito del sexto piso su cafetera y sus papeles.

No tenía tiempo de salir con Jenny y Germana. Una vez por semana, antes de una reunión de consejo de administración, uno de los numerosos consejos del cual formaba parte, él comía en un restaurante y los caprichos de su mujer no prevalecían contra esta costumbre establecida. Un día él respondió a Jenny, quien había hecho invitaciones para ese día reservado:

—El dueño de casa estará ausente. Otra vez no reunirás tus amigos el martes.

André compadecía a su padre que cuando intentaba equilibrar su presupuesto encontraba el apartamento lleno de pintores y tapiceros que lo modernizaban, creyendo haberse equivocado de piso. El joven se empeñaba en no juzgar a su madre, pero se preguntaba a pesar de sí mismo, avergonzándose, si tales caprichos no se hubiesen soportado mejor proviniendo de una mujer joven y bonita? Quizá, su marido encontraba en su rostro maquillado el recuerdo de un tiempo del cual el hijo no conservaba recuerdos, pero en que, recién casados, eran ellos encanto uno del otro. Reconocía que su padre jamás desautorizaba a su mujer delante de sus hijos y que les decía, sin ironía: "Vuestra madre piensa así... Prefiere ésto". Como si sus ideas no girasen como veletas al viento.

Tomó la costumbre de fumar con su padre, después de cenar, en lugar de escaparse a sus estudios o a sus placeres. Sentía que Francisco lo quería "de otro modo"; después que se había anudado entre ellos esa camaradería de hombre a hombre. Solamente las vacaciones los separaba, y Jenny partía desde junio para las playas hasta los días dorados de octubre, llevándose sus sirvientes, sin preguntarse siquiera si la salud de su marido se avendría a cuatro meses de comidas en restaurantes, porque ella no se preocupaba más que de sí misma. Francisco pasaba ocho días de reposo en esa residencia cuyo alquiler lo aplastaba y se encogía de hombros cuando se insistía para que los prolongase:

—No es serio.

André sentía casi vergüenza después de la partida del padre, de holgazanear al sol sobre la playa. Pero decía para sí mismo que cuando se convirtiese en jefe de familia conduciría la barca con enérgicas remadas. El momento, hay! no estaba quizá muy alejado. Su padre se congestionaba en el trabajo, después de las comidas y se quejaba de zumbidos en los oídos. El joven le pidió que lo asociara en sus numerosos asuntos.

—Yo creía que deseabas presentarte al concurso de inspección de finanzas.

—Eso exige estudios demasiado largos.

—Si trabajo como un forzado, es, ante todo, para que mi hijo pueda prepararse todos los exámenes que necesite. Esto me parece más interesante que pagar un collar de perlas...

Se detuvo, temeroso de que el hijo fuese a ver en sus palabras una condena de las actividades maternales.

Germana se comprometió con un rico industrial y, al día siguiente, encontraron a Francisco con un ataque de congestión en el escritorio en que trabajaba. El médico se mostró pesimista. La agitación del enfermo, la angustia que reflejaba su rostro crispado acrecentaron todavía la pena de André.

"Se sabe perdido", pensaba. Felizmente desde hace algún tiempo, me he puesto al corriente de sus negocios".

Un día en que él velaba al enfermo que se expresaba menos mal, con su boca torcida, pero del cual las fuerzas se agotaban, Francisco le dijo dulcemente:

—André, un padre que va a morir no habla como si todavía tuviese días de vida... y, por otra parte, ya te has convertido en un hombre... Comprenderás.

—Sí, padre. Adivino el motivo de sus inquietudes. Pero Germana va a casarse y yo trabajaré para mamá. Le prestaré no solamente la asistencia que todo hijo debe a sus padres sino también lo superfluo a que usted la ha habituado. Le haré los mismos mimos que usted le hacía. No será sólo mi madre, ante mis ojos, pero sí el legado que usted me deja.

Se sintió sorprendido que estas palabras no diesen ningún alivio al enfermo.

—Tu madre!... A tu edad ya estás en condiciones de juzgar. He pasado duros momentos cuando ella despilfarraba el dinero que ganaba extenuándome. Nunca encontré a su lado ayuda moral... Me dejaba solo, meses enteros, para correr del mar a la montaña... Jamás tuve un hogar...!

—Sí, padre, lo sé... Pero es la primera vez que usted lo reconoce. Sería doloroso para los dos que insistiera...

—Pero todavía no te he dicho nada, mi pequeño. Conoces la vida, actualmente, tú comprenderás... Yo te daré mis instrucciones, respecto de una mujer que me ha sido infinitamente adicta y que mi muerte dejaría sin recursos...

—Sí, padre, dijo André como para cortar más ligero un asunto que le era intolerable. Haré lo que desee. Descanse tranquilo.

—Déjame terminar, André: Acaso tendré ocasión de reiniciar esta conversación? Debo recomendarte el hijo de esta mujer, mi pequeño hijo.

Sus labios se pusieron a temblar y grandes lágrimas rodaron a lo largo de sus mejillas que él ya no afeitaba y donde nacían pelos grises y duros.

—Mi pequeño Francisco!... Mi chiquito!...

El joven apretó sus puños como en otra época su padre para no gritar de pena, de amor herido, de celos. "Su chiquito" no era él, André, era el hijo de esa mujer desconocida y la preocupación que gastaba las últimas fuerzas del moribundo no concernía a su madre ni a Germana, y sí a una querida y un hijo natural, a un hogar clandestino, un segundo hogar de los meses de estío y del martes de noche... Ciertamente, su padre podía invocar excusas y muchos otros hombres las podían invocar también en su sitio... Pero, André, no colocaba a nadie.. en el sitio de Francisco Morel. El lo había creído por encima de las debilidades comunes. "Tú comprenderás", decía el moribundo... no, él jamás había comprendido nada!

—André, debo confiarte el niño.. tu pequeño hermano. Eres tú quien me ha de sustituir.

—Puedes estar tranquilo. Acepto; me encargaré de tu hijo...

El joven pensaba con amargura que su padre lo instituía jefe de familia en el preciso momento en que acababa de destruir la idea que él tenía del hogar.



SOCIALES



Señora **JUANA L. PIAZZA CHAPLIN**, sanducera, que el día 3 de abril próximo pasado contrajo enlace en Londres, con el caballero **GORDIN FRANCIS WIX**, de aquella capital.



Señorita **MIREYA MARTINEZ DEGIORGIS.**



Señora **MICAELA RODRIGUEZ TORRES**, que contrajo enlace con el caballero **EGIDIO VEIRA** (Foto Marchese).



Señorita **ADA TORRE FERRARI.** (Foto Marchese).



Las rubias platinadas

Algunas estrellas de cine, americanas, lanzaron la moda del rubio platinado, que ha caído en un absoluto fracaso, pues el platinado es costosísimo y es aplicable sólo a determinada clase de cabello.

Esta moda ha sido substituída con grandes ventajas por el empleo de la manzanilla verum que, usándola en casa como una simple loción, da en 3 días al cabello oscuro el más hermoso color rubio dorado. El resultado es maravilloso y no hay nada tan cómodo y económico.

Cuando el cabello es muy oscuro y se desea obtener un rubio muy claro, bastará usar la manzanilla verum, tal como se consigue en las farmacias.

Lección de belleza



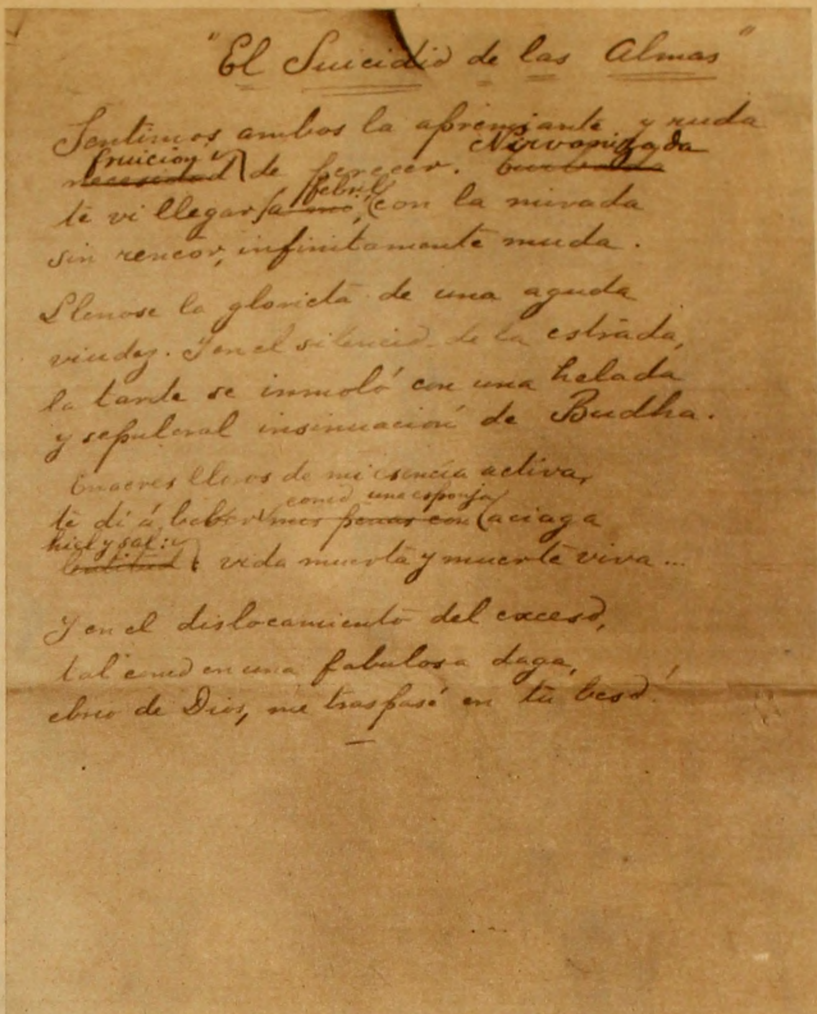
La belleza de un rostro no se obtiene con cosméticos; éstos cubren los defectos momentáneamente. Un suave masaje de un minuto con glicerina de almendro aportará al cutis los elementos nutritivos necesarios. Hágalo con devoción todos los días; pasará el tiempo y sus inclemencias y su piel se mantendrá joven y fresca.

LA TORRE DE LOS PANORAMAS

por PABLO DE GRECIA



Fotografía de Herrera y Reissig sacada meses antes de su fallecimiento.



"El Suicidio de las Almas"

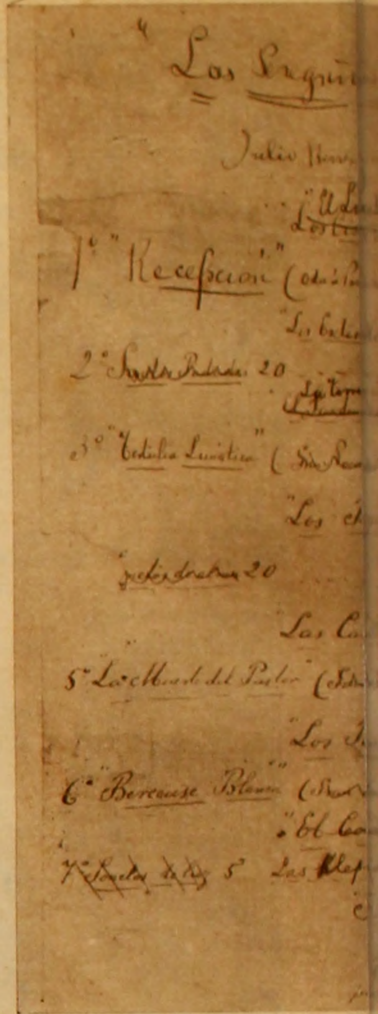
Sentimos ambos la apremiante y ruda
fruición nerviosa de fenecer. [illegible]
te vi llegar febril, con la mirada
sin rencor, infinitamente muda.

Llenose la glorieta de una aguda
viudez. Y en el silencio de la estrada,
la tarde se inmoló con una helada
y sepulcral insinuación de Budha.

[illegible] llenos de mi esencia activa,
te di á beber como una esponja aciaga
hiel y sal: vida muerta y muerte viva...

Y en el dislocamiento del exceso,
tal como en una fabulosa daga,
ebrio de Dios, me traspasó tu beso!

Soneto que figura en el libro "Las lunas de Oro".



"Los Peregrinos [illegible]

1° "Recepción"

5° "La Muerte del Pastor"

6° "Berceuse Blanca"

Autógrafo referente a la [illegible] "Los Pe[illegible]

"La Torre de los Panoramas", la capilla artística que un grupo de poetas fundara en tiempos que parecen ya tan lejanos —año 1902— tuvo una representación material en un mirador ubicado en la calle Ituzaingó y Reconquista, que aún permanece en pie.

El destino de esa modesta construcción ha cambiado con el curso de los años. La sede lírica, ha pasado a ser prosaica dependencia de una casa de huéspedes...

Sic transit...

Pero hay algo que no ha podido desplazar el andar de las horas: el recuerdo de ese refugio, cosa inmaterial e invulnerable, que se hace presente y perdura en las extraordinarias rimas de nuestro novecientos.

Fecunda escuela de ideas en acción, La Torre de los Panoramas, se asocia al ciclo constructivo del pensamiento indo-americano, con obras definitivas como las de Herrera y Reissig y con libros en los cuales la intención pura fué mucho más lejos que su trascendencia.

"La Torre de los Panoramas", inmortal por alma de su fundador, será siempre en la literatura rioplatense, jalón de historia y símbolo de una época, en la que el lirismo puro se exhibió como un desafío espiritual frente a la psicología fenicia de casi todos.

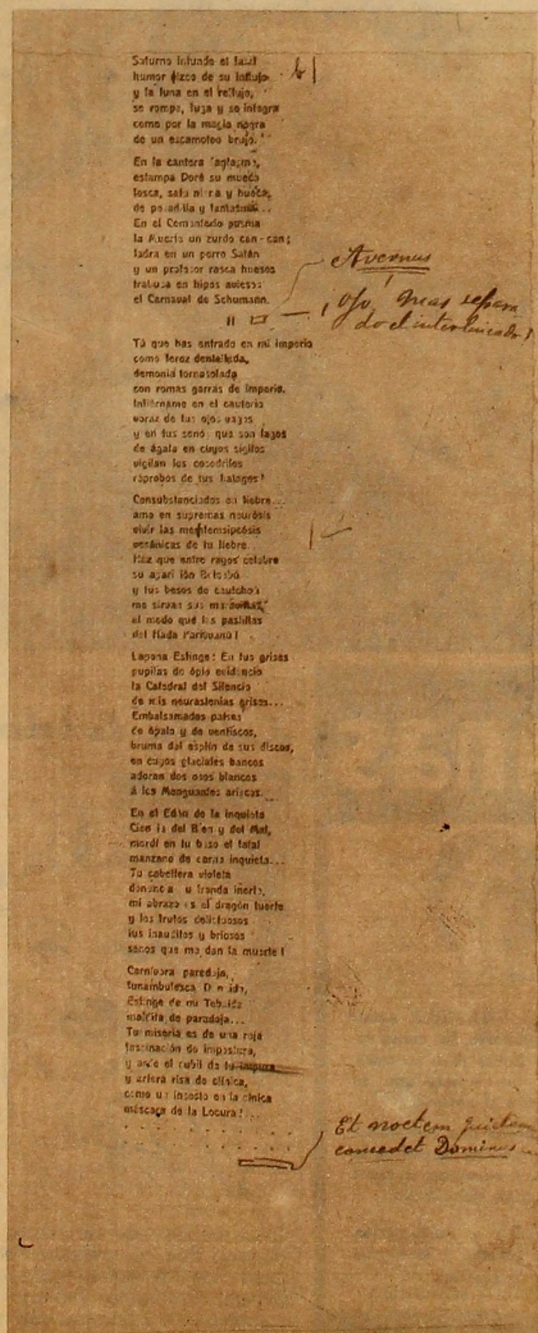
En la actualidad la leyenda de la Torre y sus luchas, —ardidas polémicas que conmovieron nuestro ambiente,— resultan extrañas, casi inexplicables. Ha pasado, felizmente, el período de incomprensión bizca (como se decía entonces), cuando un título audaz, una rima fuera de diccionario, un simple abjetivo desusado, provocaban la cólera de los dómines hogareños. Masticábase el lugar común, como un chicle, se rumiaba la asociación sencilla de las metáforas físicas —flor, estrella, perla o pájaro— y era indigesto manjar, la frase jugosa, la imagen inédita, nacida de un estudiado proceso anímico. De ahí que los pontífices excomulgaran la herejía, y recurrieran, a falta del fuego lustral de los autos de fe, a la sátira miope, al vocablo soez, a la calificación zoológica, al regüeldo de botillería...

Contra ese estado de cosas reaccionó la Torre, con el éxito más extraordinario. Pocos años más, y el panorama se amplifica, la crítica se depura la exégesis se hace penetrante.

Ya no escandalizan las novedades. Un eclecticismo acendrado, torna el ambiente acogedor. El artista dueño de su numen, hace su literatura. Y el milagro es total y retroactivo.

Y así se llega al momento en que vivimos, de glorificación definitiva para los réprobos de ayer, que tuvieron la desdicha de haberse anticipado a esta época, en la cual finca todo prestigio literario, en lo inédito del pensamiento, en el decir propio, en la música exclusiva, que renueva léxico y emoción y crea sendos estados espirituales o asociaciones complejas que fructifican en lo interior.

Como un homenaje al Poeta que hizo suya la gloria, publicamos estas líneas y exhibimos estas estampas, que evocan una vida que se dió por entero al arte, en una inmolación de ejemplo.



Saturno infunde el fatal
humor bizco de su influjo
y la luna en el relujo,
se rompe, luja y se integra
como por la magia negra
de un escamoteo brujo.

En la cantera [illegible],
estampa Doré su mueca
fosca, sala negra y hueca,
de pesadilla y fantasmas...
En el Cementerio pasma
la Muerte un zurdo can-can;
ladra en un perro Satán
y un profesor rasca huesos
trabuca en hipos aviesos
el Carnaval de Schumann.

Avernus

¡Ojo! Mas separado del intervalo!

Tú que has entrado en mi imperio
como feroz dentellada,
demonia tornasolada
con romas garras de imperio.
Infiérname en el cauterio
voraz de tus ojos [illegible]
y en tus senos que son lagos
de ágata en cuyos sigilos
vigilan los cocodrilos
réprobos de tus halagos!

Consubstanciados en fiebre...
amo en supremas neurosis
vivir las metempsicosis
orgánicas de tu fiebre.
Haz que entre rayos celebre
su [illegible] Belcebú
y tus besos de caucho [illegible]
me sirvan sus [illegible]
al modo que las pastillas
del Hada [illegible]!

Lapona Esfinge: En tus grises
pupilas de ópio evidencio
la Catedral del Silencio
de mis neurastenias grises...
Embalsamados países
de ópalo y de ventiscos,
bruma del esplín de sus discos,
en cuyos glaciales bancos
adoran dos osos blancos
á los Menguantes ariscos...

En el Edén de la inquieta
Ciencia del Bien y del Mal,
mordí en tu beso el fatal
manzano de [illegible] inquieta...
Tu cabellera violeta
domina a [illegible] fronda inerte,
mi abrazo es el dragón fuerte
y los frutos deliciosos
tus inauditos y briosos
senos que me dan la muerte!

Carnívora paradoja,
funambulesca [illegible],
Esfinge de mi Tebaida
maldita de paradoja...
Tu miseria es de una roja
fascinación de impostura,
y [illegible] el rubí de tu impura
y artera risa de clínica,
como un insecto en la cínica
máscara de la Locura!...

Et noctem quietam concedat Dominus

Prueba de galera con correcciones autógrafas, la última que revisó el poeta ya en trance de inmortalidad.



Zincografía que hizo Blanes Viale, quien dibujó sobre el metal la efigie de Herrera, mientras éste revisaba las primeras pruebas de "Los Peregrinos Piedra".

Autógrafo del Poeta.

La Torre de los Panora[illegible] Darío, cuando dijo: ... [illegible] ojos azules, se manifes[illegible]

El poeta MALLARMÉ, [illegible]

"...edra" (Título del libro)

(1.er sub título en páginas anteriores)
11 páginas (250 versos)
" (2.do sub título)
40 páginas (280 versos)
(3.er sub título)
22 páginas (436 versos)
" (4.º sub título)
40 páginas (280 versos)
" (5.º sub título)
12 páginas (225 versos)
" (6.º sub título)
11 páginas (142 versos)
" (7.º sub título)
10 páginas (140 versos)

148 páginas 1477 versos
28
174

...del material destinado al libro ... Piedra".

"Oled (~~Bárbaro~~) Indostanico"

En torres de marfil, gemas y plata,
- entre mirras y sándalos y nardos -
llamearon los rafales en sus gallardos
engastes de tisús y de escarlata...

Funambulescamente, el Matbavatá
hirvió en los iris de tus ojos fondos,
en tanto dos litúrgicos leopardos
se recogieron á tu sombra beatá.

En el ritual de las metempsicosis,
bramaron fulgurantes apoteosis
los clarines del Sol... El alma inerte

de la pagoda helóse de infortunio
y desde el mar, la araña de la muerte
acuñó un signo sobre el plenilunio.

"Unción Islamista"

De turbante y babuchas de colores,
bajo los albornoces de campaña
fijó una obscura procesión huraña
la caravana de los vendedores.

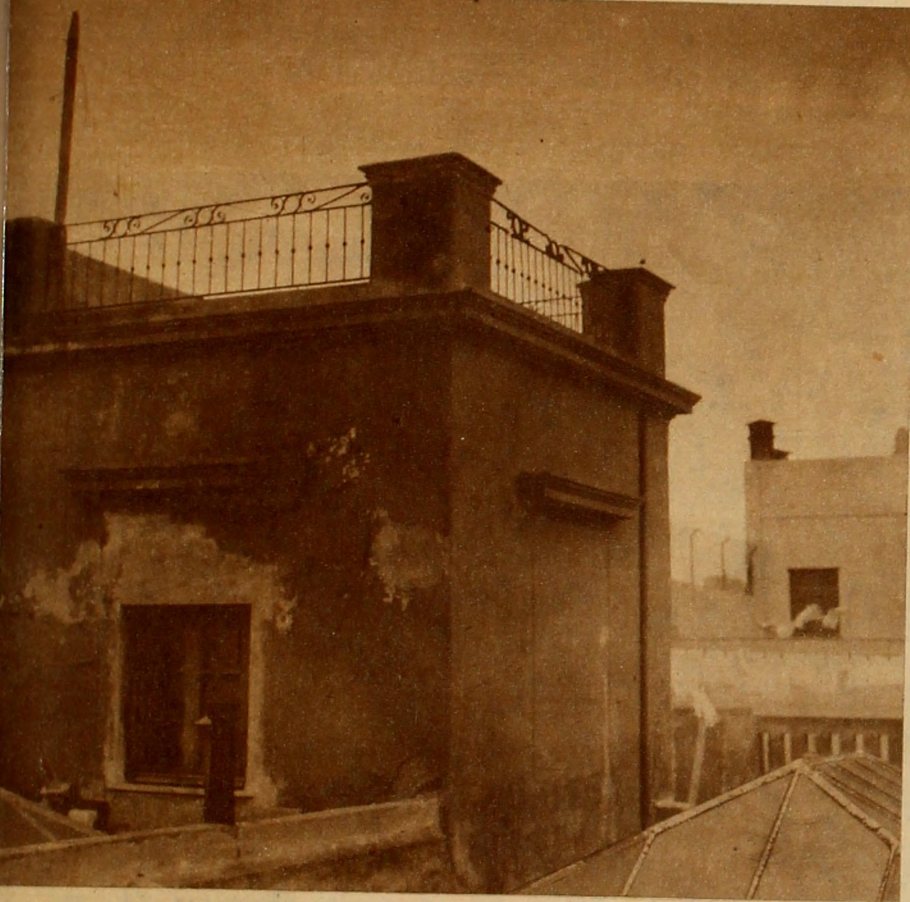
Voceó el cañón. Con místicos fervores
se clausuró la lóbrega pestaña,
y se abatió la muchedumbre extraña
de las terrazas y los miradores.

Como un arco de súplica, hacia el cielo
creció la alma bajo el amplio velo...
En guturales ayes de falsetes,

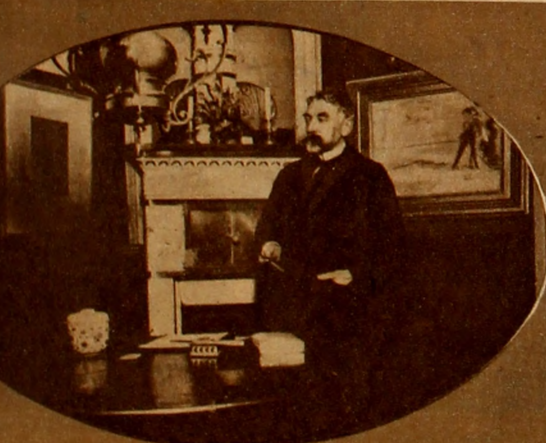
se alargó el canto del muezín sonoro,
mientras, desde los blancos minaretes,
saludó el sol en un alfanje de oro.

Nota

Originales correspondientes a dos sonetos incluídos en "El Teatro de los Humildes".



...dió nombre al núcleo lírico encabezado por Herrera, y a la que se refirió Rubén ...ge nni" y espíritus sombríos que pasaban por la torre del celeste solitario de los ...te en Dios, el maravilloso serafín de la única y verdadera Poesía".



...pa que se conserva de todas las que tapizaban las paredes de la Torre. — Lucía al pie esta inscripción: "EL BRUJO"



En esta fotografía se ve la escalera que conducía al mirador, denominado por el poeta la "Roca Tarpeya".

JACOBO ROBUSTI LAMADO

EL TINTORETTO

JACOBO ROBUSTI, llamado el "Tintoretto" por ser hijo de un tintorero, nació en Venecia el año 1518. Cuantos colores hallaba a mano en el taller de su padre los utilizaba para ensayar en las paredes de su casa sus cualidades artísticas. Su padre le animó en su vocación, y cuando el joven contaba unos diez y nueve años de edad lo llevó al taller del más célebre de los pintores que entonces había en Venecia: Tiziano. Sin embargo, muy pocos días asistió Tintoretto al taller de Tiziano, fundándose sin duda en esta circunstancia los pretendidos celos de su maestro. Tiziano estaba entonces en la plenitud de su producción y de su madurez habiendo traspuesto ya la cincuentena. Su supremacía era incontestable, no sólo en Venecia, sino en las cortes circunvecinas y hasta en el extranjero; por tanto, pudiera muy bien no haber visto con buenos ojos elevarse cerca de él un nuevo genio digno de atraer la atención y los encargos en un momento en que su edad podía hacerle presagiar alguna decadencia.

Además de ésto, Aretino, que había fijado su residencia en Venecia, había formado con Tiziano y Sansovino una especie de alianza agresiva que se conocía con el nombre de Triunvirato, hecha para el reclamo y la defensa mutua, y los tres amigos no estaban dispuestos a admitir otro talento que el propio. Tintoretto dió pruebas de grandeza de alma no manifestando por aquello ningún resentimiento.



El becerro de oro (detalle).

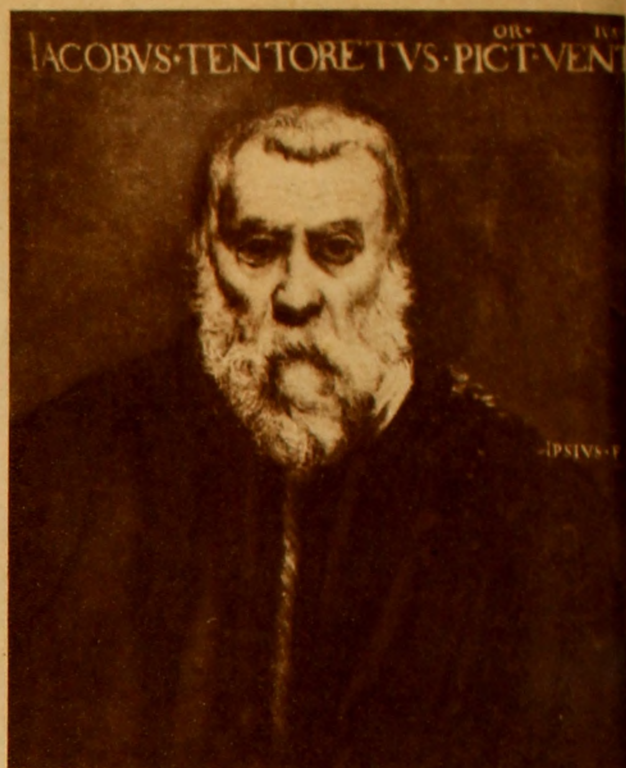
Trabajó solo, no decayendo en lo más mínimo, ni por despecho, su admiración por Tiziano, y desde los primeros estudios escribió en la pared de su taller esta perpetua exhortación a sí mismo:

—"El dibujo de Miguel Angel, y el color, de Tiziano".

Es digno de observar con qué limpieza, con qué conocimiento de la naturaleza de lo que se propone, el joven artista se traza en seguida su ideal y norma de trabajo que sostuvo durante toda su vida. La disciplina que se impuso es la más laboriosa y ardua, manifestando desde el principio una originalidad de investigación que delata su temperamento.

Con los vaciados de Miguel Angel colecciona los de los mármoles antiguos dibujándolos de noche a la luz de una linterna, obteniendo por el estudio de las sombras vigorosas un estilo fuerte y acentuado, entendiendo por el dibujo de Miguel Angel, no sólo la pureza de la línea sino también sus modelados, la disposición de los planos, los volúmenes y su sistema de composición, demostrando una fuerza de concentración de una grandeza extraordinaria. De estos ejercicios de estudiante saca el secreto que quedará como la característica de su manera de hacer: visión extraña del objeto puesto en relieve por su oposición de luces y sombras.

Durante toda su vida guardó el mismo sistema de ejecución: no tenía para trabajar un taller, sino una especie de antro en el rincón más apartado de la casa, en donde a ninguna hora podía trabajar sino alumbrándose con las lámparas. Todo lo que pueda verse de artificio en su procedimiento no es más que el derecho del artista de escoger los efectos y reclamar en su obra la parte de imaginación personal. Sin embargo, nadie como él para observar la naturaleza: estudios académicos, según modelo vivo y estudios anatómicos tomados del mismo cadáver; las copias de Tiziano le descubren los secretos del color y los medios de obtener la flexibilidad y brillo de los empastes.



Autoretrato de Tintoretto.

Tintoretto usaba, además, de otro medio para dar cuerpo a las concepciones de sus cuadros antes de pintarlos. Preparaba el asunto como una verdadera escena de teatro, modelando sus figuras en barro o en cera, dándole el movimiento de los personajes que quería representar y cubriéndolos con ropajes, bajo cuyos pliegues se adivinaba su musculatura, y colocándolos en un decorado de madera y cartón hasta producir la sensación del natural que deseaba, iluminando la escena hasta obtener las sombras y luz necesarias.

Más que en la pintura de historia, sobresalió en la de retratos y ejecutó los de los principales personajes de su tiempo.

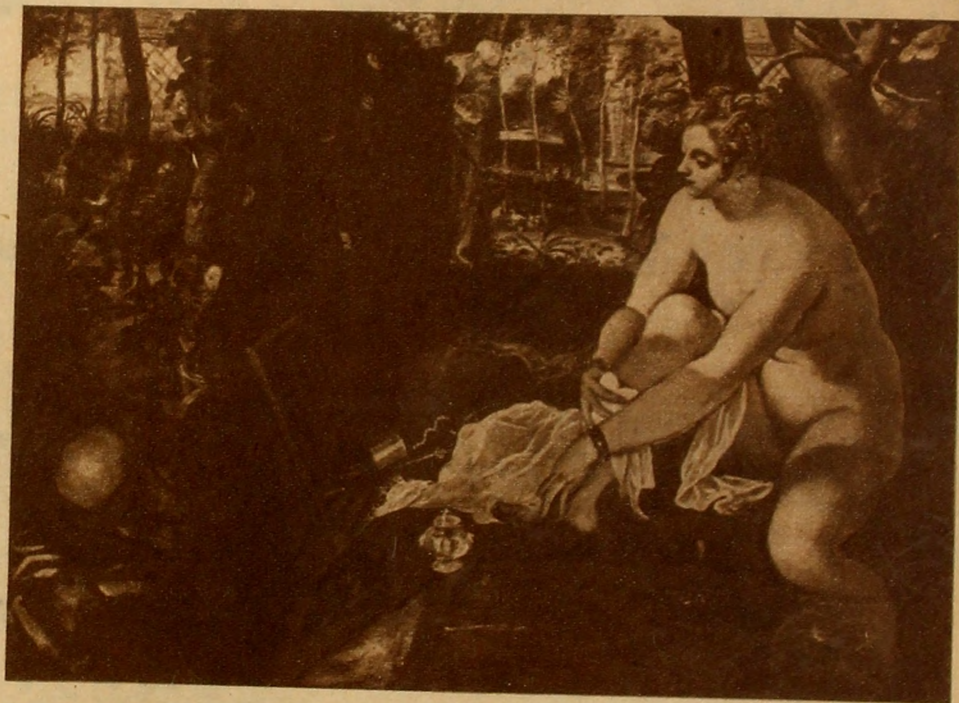


Paola Parutta, procurador.

La Virgen y el Dux Nicolás de Ponte.



Las bodas de Canaan.



Susana y los viejos.

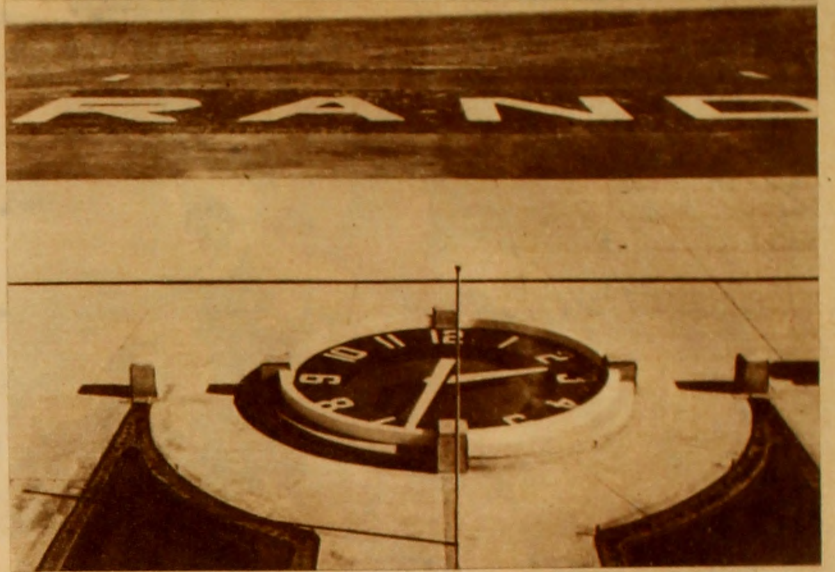


Baco y Ariadna

INFORMACION GRAFICA DEL EXTRANJERO



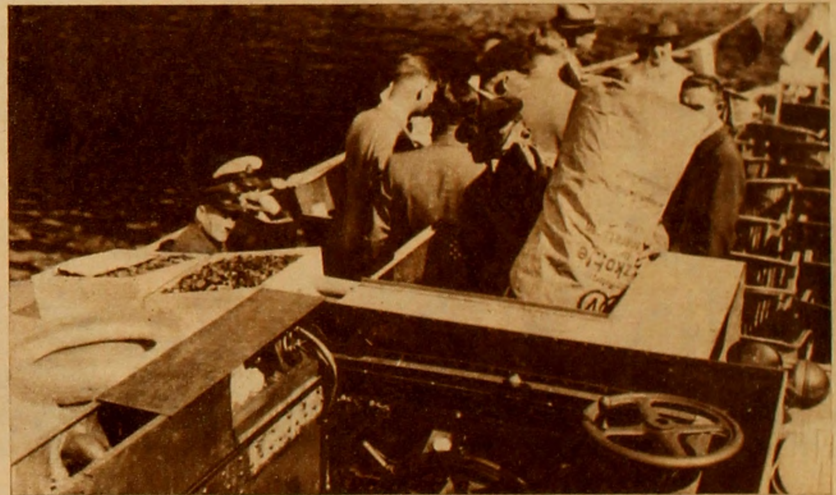
EDIFICIO DEL AERODROMO DE DURBAN. — Este local es el edificio donde están instaladas las oficinas de administración del aerodromo de Durban (Africa), con líneas como las de un avión. La terraza alta representa el lugar del piloto. A la izquierda y derecha, las cabinas de motores. El techo semeja las alas, y a los costados de las puertas de acceso, tiene como dos ruedas.



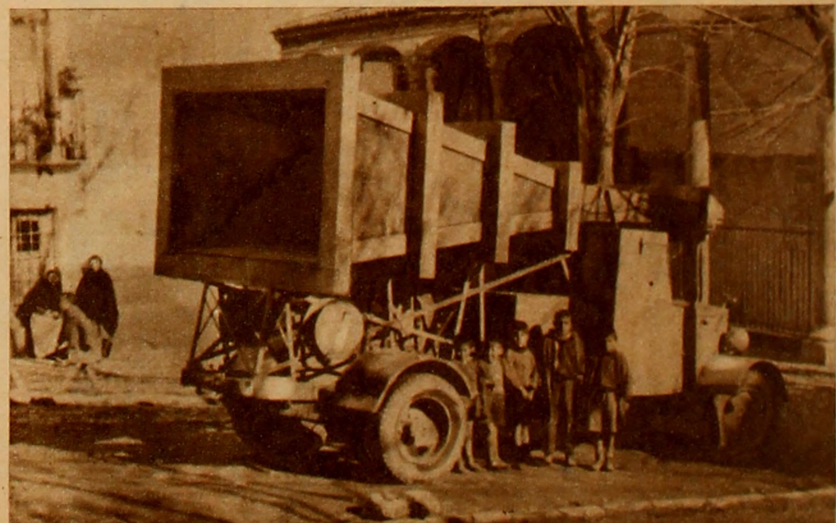
AERODROMO DE DURBAN (AFRICA). — Este aerodromo, en la colonia inglesa Natal, junto al Océano Indio, tiene un reloj que es el más grande del mundo, colocado horizontal en el suelo, midiendo su esfera 70 metros de diámetro.



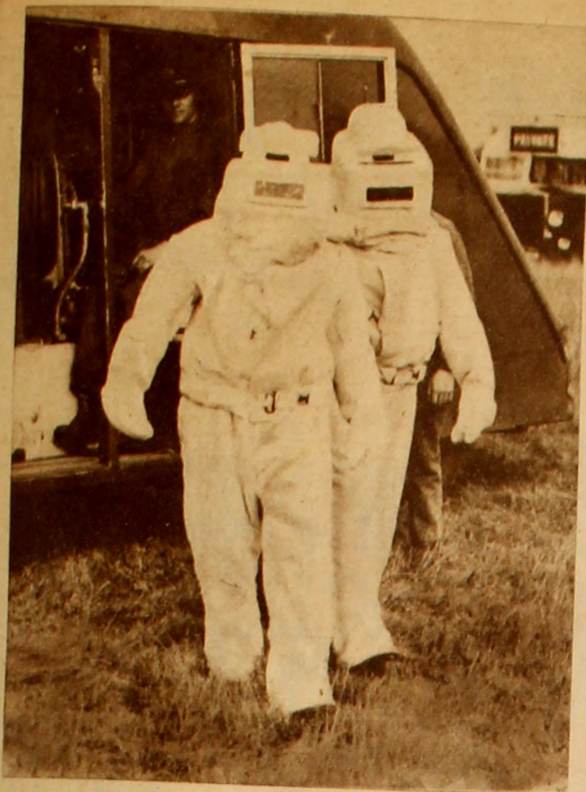
PREPARANDO LAS PLAYAS EN SYDNEY. — A la proximidad de la estación veraniega en Sydney (Australia), se preparan las playas por medio de una especie de arado, que esponja las arenas.



CARECEN EN ALEMANIA DE COMBUSTIBLES LIQUIDOS. — Alemania gasta sus divisas en la adquisición de materias primas para construir armamentos, faltándole para combustible líquido, habiendo experimentado alimentar los motores con carbón de lena. Muestra esta nota una lancha en el momento en que se le hecha el nuevo combustible.



UNA DE LAS ARMAS LEALES. — El alto mando de las tropas leales republicanas de España, emplea con frecuencia el arma de la convicción, la más poderosa, haciendo llegar sus voces por medio de altos parlantes gigantescos a las líneas facciosas. Muestra esta nota uno de esos aparatos, conducido por un auto.



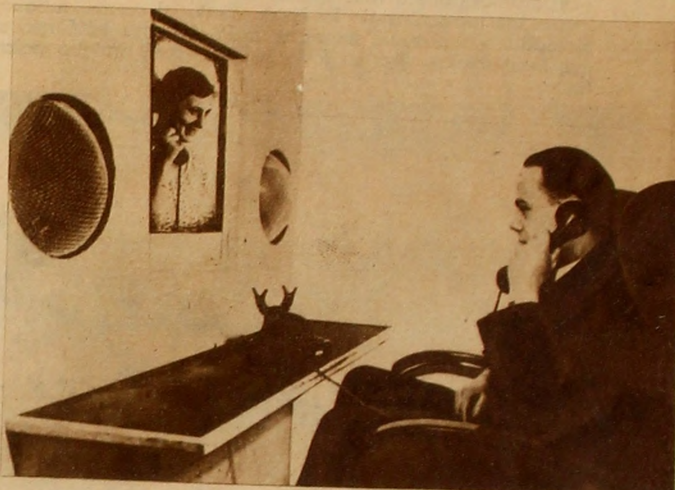


LAS MEDIDAS ARMAMENTISTAS INGLESAS. — El equipo contra incendios, de las fuerzas aéreas inglesas, presentó el día 24 del pasado mes de setiembre, en un aerodromo de Londres, las pruebas de enfocar incendios ocasionados por líquidos explosivos, y por gases, empleando un coche especial que produce más de 9000 litros de espuma, extinguidora de incendios. Las fotos representan miembros del servicio contra incendios, equipados de manera especial, atravesando las llamas con sus trajes de amianto. La otra nota, muestra el coche productor de espuma, y los servidores con su vestimenta.



LA TELEVISION EN INGLATERRA. — Miss Sheila Douglas-Pennant es la primera "commere" de televisión que aparece aquí en el primer intento hecho para trasladar la imagen a distancia, en el Palacio Alexandra, de Londres.

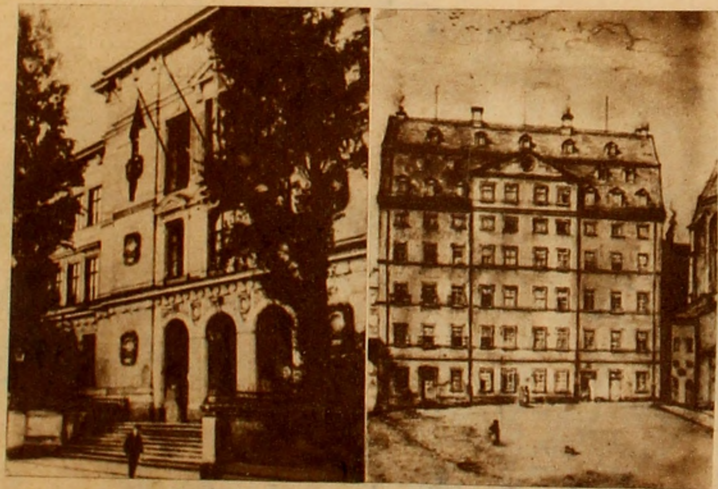
LA TELEVISION EN ALEMANIA. — En Berlín hay dos centrales visotelefónicas, la situada en la "Columbushaus", en la Potsdamerplatz, en un "rascacielos" berlinés de "10 pisos" y otra en Hardenbergstrasse, entre las cuales los berlineses tienen gusto en "verse a distancia". La conversación interurbana cuesta sólo marco y medio y este lujo se lo pueden pagar la mayor parte de berlineses. Además existe la línea Berlín-Leipzig de 200 kilómetros de distancia, inaugurada en la Feria de Leipzig de Primavera de 1936 por iniciativa del hoy Ministro de Correos y Telégrafos. Y en 1937, el día del Partido, se ha inaugurado la comunicación con Nürnberg a 400 kilómetros y con Munich a 600 kilómetros.



El interlocutor está muy bien sentado en su cabina. Apesar de que aún los "Correos Alemanes" usan todavía el retículo de 180 líneas, las imágenes se ven muy claras y sin vibración alguna.



La visotelefonista, muy cómodamente sentada en un gran butacón con cojinetes laterales salientes para que no se "escape" la cabeza para ningún lado, está viendo en una pantalla enfrente a su interlocutor que está a cientos de kilómetros. Debajo de la pantalla hay un proyector que ilumina a la visotelefonista, cuya imagen es tomada por los dos retículos a los lados del teléfono y trasmitida a su vecino del otro "cabo".



EL COLEGIO EN QUE ENSEÑÓ BACH. — El músico Juan Sebastián Bach enseñó su arte muchos años en Leipzig, dando lecciones a los alumnos del Colegio Santo Tomás, que en estos días celebra su 725 aniversario. Muestra la nota las fachadas del colegio en la época de Bach, y en la actualidad.



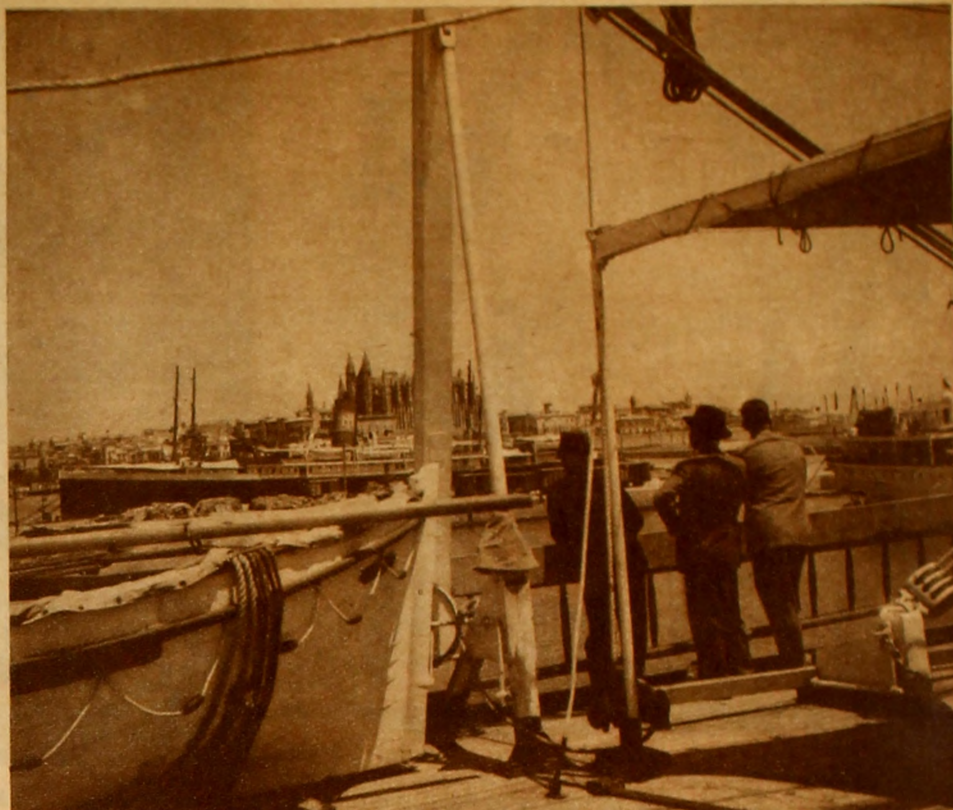
PALMA DE MALLORCA



Vista general de Palma de Mallorca. con el puerto.

PALMA DE MALLORCA es la capital de las Islas Baleares, territorio apetecido por quienes aspiran a predominar en el Mediterráneo. El nombre de Mallorca se deriva del latín Majorica, "mayor", y la llamaron así los romanos por ser la más grande isla del archipiélago balear. Palma es la capital, y fué colonia romana fundada con el nombre de Mallorca, como la isla.

La ciudad se levanta en lo más profundo de la bahía de su nombre, extendiéndose por una prominencia. Vista desde el mar presenta un aspecto extraordinariamente pintoresco, elevando sobre el conjunto de sus casas y palacios las torrecillas de la Lonja, junto al cauce antiguo de la Riera, hoy transformados en paseos, mientras a la derecha la Catedral ostenta las agujas de sus frontispicios, y a su lado se yergue el antiguo palacio de los reyes de Mallorca.

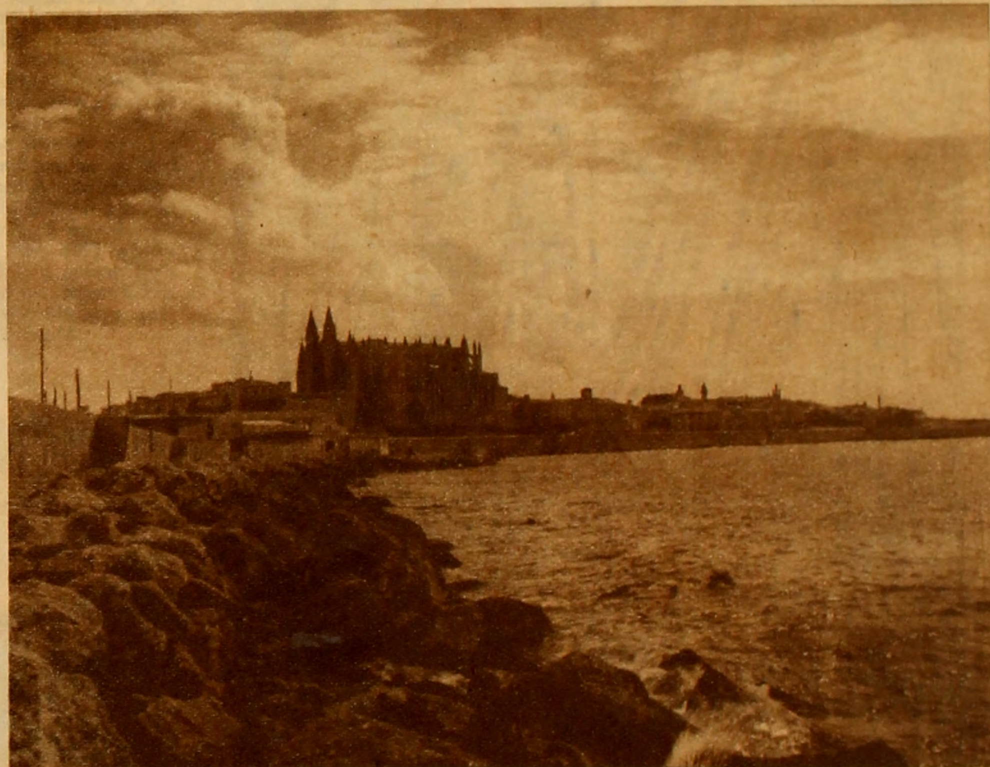


Entrada al puerto de Palma de Mallorca.

El odio a los judíos conversos, tradicional en la ciudad, y a los que llaman "chuetas", produjo tristes episodios de matanzas y autos de fe. Afortunadamente esa prevención ha ido desapareciendo por la cultura general, habiendo terminado hace muchos años toda expresión de crueldad.

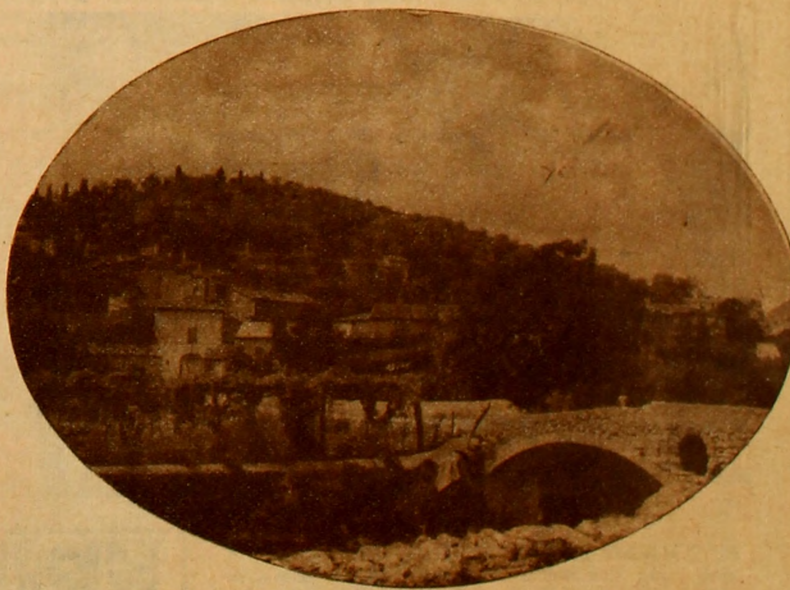


Puerto de Soller, una de las poblaciones isleñas, comunicada por ferrocarril con Palma.



Vista de la Catedral, desde la costa. Este edificio se distingue desde todos los puntos de la población, y es una de las joyas de arte arquitectónico de Palma de Mallorca.





Cista de los alrededores de Palma, con pintorescos caseríos.

Tarzan

MUERTE DESDE EL AIRE























